

## III

El genio presente ó recuerda; vive en lo pasado y en lo futuro; rara vez se aviene con lo actual. Es más visible todavía este fenómeno en los siglos de transición, cuando lacera el alma la agonía de lo que muere, junta con el laborioso alumbramiento de lo que nace, y no compensan el daño los goces, primores y adelantos que brindan las sociedades en sus períodos de refinada cultura. Más que la brillantez de Atenas, la radiante fecundidad artística de Florencia ó el lujo babilónico de París, aprecia el pensador la majestuosa sencillez de la corte de Isabel la Católica, en que se refleja la austeridad de una nación que renace á la vida moral y al sentido patriótico.

Cuando abrió los ojos á la luz Torcuato Tasso, apagábanse los postreros ecos de la Edad Media y entraba en la plenitud de su vida la Edad Moderna. Un siglo tenía ya de fecha el maravilloso invento sugerido á Gutenberg por el oscuro sacristán Koster; más de medio siglo había transcurrido desde que Colón y nuestra mayor

reina realizaran la unidad geográfica del planeta: mediante estos dos gigantescos acontecimientos, hallábanse francas todas las vías materiales é intelectuales. Ningún período histórico pudo despertar más regocijo y entusiasmo: dijérase que naturaleza y ciencia, á porfía, se esmeraban en regalar al hombre, la una con continentes vírgenes, sembrados de diamantes, oro, gomas y especias; la otra con tesoro inagotable de saber, riqueza capaz de dividirse y subdividirse cuantas veces fuera preciso, sin menoscabo de su valor é integridad. Faustos augurios y benignos presagios sonreían á los jóvenes Estados que estrenaban la toga viril. Surgían éstos de entre las guerras y discordias de la época feudal, llenos de vida y lozanía, como Venus del mar tempestuoso. La totalidad política se consolidaba: el gran principio monárquico estribaba sobre robustos cimientos, con Carlos V en España, con Juan II en Portugal, con Fernando de Aragón en Nápoles, en Francia con Luis XI, en Inglaterra con Enrique VIII.

En la patria de Tasso, los mismo disturbios, las ambiciones mismas cebadas en la presa del ópimo y fértil Milanesado, estimulaban el genio. Batallábase ya entonces por solaz, provecho y gusto, no por angustiosa urgencia, como en la Edad Media. Inauguraba la diplomacia las guerras de cálculo y raciocinio, y en los intervalos concedidos por treguas y tratados de paz, veíase á Francisco I y á Carlos V abrazarse como hermanos, y competir en galantería y gentileza,

presidiendo festejos, obsequiando damás, protegiendo artistas, y, en suma, libando, con el ardor de la mocedad, las delicias del privilegiado suelo que ensangrentaban sus contiendas. Los Médicis, que vistos por un lado parecen tiranos y por otro egregios é incomparables príncipes, resucitaban los tiempos de Pericles, sobrepujándolos en esplendor. El Oriente gemía vencido, y soplaban ya las brisas prósperas que en Lepanto hincharon las velas de la escuadra cristiana. El grave y perenne riesgo estaba conjurado: Europa y la civilización no se veían ya amenazadas, cual Hércules en su cuna, por las mil serpientes del imperio griego, de los persas, de los turcos, de los árabes. Y á fin de que el Occidente triunfador no se amodorrara en el letargo de la indolencia, abríase para desahogo suyo la válvula colosal de las recién descubiertas tierras del Nuevo Mundo, venero inagotable de riquezas y conquistas, palenque de hazañas, campo de estudios, doncella tierna y hermosa que venía á brindar su mano al antiguo continente, cuando éste, adulto ya, era capaz de desposarla.

Al par florecían letras, artes y ciencias. En Italia, señaladamente, resplandecía el arte con an clara luz, que acaso no será eclipsada jamás. No registra la pintura era tan gloriosa como aquella en que reinaron sus dos príncipes, Rafael de Urbino y Miguel Angel, asistidos de sus tenientes Correggio, Veroneso, Ticiano, Tintoretto, Julio Romano, Perugino, Daniel de Volterra y tantos otros de la dorada

pléyade, que son cada cual un maestro, una escuela, un milagro de colorido ó de diseño. La exuberante vitalidad artística se desbordaba: en los platos, faenzas y mayólicas de Lucas de la Robia; en las ánforas y copas animadas por el cincel de Cellini; en los primores tipográficos de Aldo Manucio; en los grabados y estampas, viñetas y alegorías; en las joyas afiligranadas, de esmalte, semejantes á flores con rocío de gemas preciosas; en los camafeos y ágatas dignas de la antigüedad romana, y en los delicadísimos trabajos de cristal y mosaico, secreto oriental que aun en nuestros días vincula Venecia; en los muebles de rica maciza talla y fragante madera, cubiertos de calados goznes y aldabas de cerrajería, cuyo estilo puro y elegante se imita hoy sin igualarlo; en alfombras, brocados, tisúes, tapices, cueros teñidos de suaves tintas y rameados de frutos de plata y fabulosos dragones; y, finalmente, en los menores detalles de monumentos y palacios, en los más usuales objetos de mesa y tocador, en cuanto podía halagar la vista y festejar el refinado gusto de los hijos del Renacimiento.

A espectáculo tan deslumbrante se agregaba la especial situación de Italia, propia cual ninguna para excitar á una fantasía de suyo fogosa y soñadora, para dar cuerpo á las festivas quimeras que engendra la mente espoleada del ansia de gloria y de la sed de aplauso é inmortalidad. La descentralización y división en pequeños Estados, dotados de vida propia, mantenía encendidos un sinnúmero de focos de lo

que hoy se llama alta cultura, y entonces se nombraba letras y saber. La caterva de señores, duques y príncipes soberanos de legendaria estirpe y proezas, Montefeltros, Vitellis, Roveres, Riarios, Esforcias, era hueste de liberales y pródigos Mecenas que se gozaban en cercarse de pintores que retratasen á sus amadas, á sus hijos, al bufón enano, al predilecto lebre; de poetas que cantasen su ascendencia, sus hechos, la amenidad de sus jardines, la magnificencia de sus palacios; de cronistas é historiadores que escudriñasen sus archivos, visitasen sus bibliotecas y escribiesen sus anales y los de su pueblo; de juriscóndulos, de estadistas y moralistas con quienes tratasen altas materias de gobernación y política. De esta suerte vivían los magnates y próceres de la tierra en amigable consorcio con los de la inteligencia: y así como hoy cortejan los monarcas á afortunado general ó á popular ministro, honraban entonces á varones ilustres, señalados por Dios con la marca del genio. Ludovico Esforcia se inclinaba ante Leonardo de Vinci; Lorenzo el Magnífico lograba por fruto de ardua negociación diplomática un manuscrito de Tito Livio, y no cabía en sí de gozo; Ludovico el Moro trocaría todas sus grandezas por presidir una Academia literaria; el Sumo Pontífice admitía á su mesa á Miguel Angel, dándole excusas por hacerle esperar; y hasta los facinerosos y salteadores arrojaban aprisa sus armas y se deshacían en agasajos al reconocer que el viajero por ellos detenido era Ariosto. Todos los

gustos del amor propio; todos los encomios de la fama; todos los lauros del triunfo estaban aparejados para el venturoso que sobresalía en un ramo del arte. Disfrutaba el artista inmunidades y privilegios, fueros y regalías de rey. Cellini, el maestro del buril, que era á la vez escritor, proclamó con altiva ingenuidad la independencia suprema de los artistas eximios. Sacerdotes del templo de la belleza, se embriagaban en una orgía de color, luz y forma, en un festín olímpico, en que guirnalda de rosa y laurel ceñían la sien de los semidioses. En tal atmósfera alentaba el Tasso; y, con todo, le dominaba la tristeza.

¿Por qué? En la sociedad contemporánea y en la época azarosa presente, no es mucho que haya neurósicos y descontentos: que al cabo, por dondequiera que esparcimos la vista negrea la noche, sin que el alba despunte en parte alguna. Pavorosos problemas sociales y políticos irguiéndose apremiantes y pidiendo solución; atarazadas y roídas las raíces de la autoridad; cundiendo el indiferentismo religioso, que trae consigo el moral y nacional; cansadas y descreídas las razas viejas, nihilistas las nuevas, ¿de dónde ha de venirnos el contentamiento y la esperanza? No obstante, Tasso, cercado de tanta gloria y prosperidad, en un mundo tan confiado y juvenil, lejos de convivir con su siglo, de penetrarlo, de resumirlo, á ejemplo de Dante, se aisló de él, y melancólico y pensativo convirtió la mirada á un ideal fenecido, á una sociedad ya extinta, á una conquista per-

dida ya, á unas Cruzadas envueltas en el olvido, á un sepulcro de Cristo que tantos años hacía recuperaran los infieles y mantenían en afrentoso cautiverio. No eran, pues, suficientes para llenar el espíritu de Tasso los esplendores de lo presente, los atractivos de la belleza, la soberanía de derecho divino á que era llamado por su inspiración. Merced al instinto profético que parece patrimonio de las organizaciones selectas y sentimentales, Tasso percibía en el ancho y luminoso horizonte del siglo xvi el breve punto negro, que presto iba á volverse nube preñada de horrores. Aspiraba en el aire los miasmas de la revolución religiosa, el advenimiento de una edad positiva.

En ella se contenía el paganismo, y, virtualmente, la inevitable decadencia poética. Esclavos del culto de la forma, perdían ya los artistas la conciencia ideal de su deber, sin la cual el arte carece de objeto y rumbo y flota al capricho de un público hastiado. A la tranquila indiferencia con que Vinci y Rafael tomaban á una cortesana por modelo de la Inmaculada, se unían el cinismo impúdico de aquel Voltaire del siglo xvi, mofador y libelista sempiterno, á quien su desenvuelta época llamó el *divino* Aretino; el licencioso desenfado de Ariosto y Bocaccio; las teorías perniciosas de Maquiavelo; las brutalidades, desafueros y homicidios de Benvenuto Cellini; los desórdenes y crápula de Salvator Rosa; los epigramas desvergonzados de Nicolo Franco, y, en conjunto, la codicia, el despilfarro, el libertinaje, el escepticismo y la venalidad, en-

cubiertos bajo el manto de púrpura y armiño del arte. Por ningún lado asomaba ya un carácter entero, una energía indómita cual la de Dante, cuya rectitud pudo subir al fanatismo, pero nunca rebajarse á la vileza. El Renacimiento iba haciéndose epicúreo, y atento el oído á la música del verso, los ojos á las magias de la paleta y del cincel, la imaginación á las fábulas artificiosamente tejidas y á los primores del lenguaje, desatendía la profundidad y alta significación de la belleza misma. De hecho empezaban ya las letras á inficionarse con el sutil contagio del mal gusto. El Góngora italiano, el caballero Marini, tenía preparado el terreno donde había de brotar su espeluznada y crespada poesía.

¿Y la Iglesia? Antes de decir qué hizo la Iglesia, cuál fué su espíritu y cómo arrostró tales circunstancias, importa una observación. No pocos historiadores, al tratar este punto, pecan de injustos é irreflexivos. La espléndida munificencia de los Médicis para con los grandes artistas; el homenaje que á la silla pontificia rendían éstos; las obras maestras que enriquecieron el Vaticano y especialmente la Sixtina; la protección dispensada á hombres de letras como Pablo Jovio, y otros pormereros relacionados con el prodigioso movimiento artístico de Italia, fueron acreditando un errado supuesto histórico: el de presentar á los Papas como cómplices y fautores de la obra de paganización que se cumplía. Hácese de ellos unos idólatras, restauradores del Olimpo y adversarios de la

*tradición* cristiana; y enfrente á los Papas, para avivar el contraste, pónese á Lutero, á los reformistas, á Socino, al mismo Savonarola, evangélicos ministros y censores muy austeros, que traían á su cauce la corriente artística y tornaban á su pristina pureza las costumbres. Si en este aserto no hay premeditada malicia, no puede faltar absoluto desconocimiento del carácter esencial de la Reforma, que es la licencia en todas las esferas de la actividad intelectual, y por tanto en el arte. No fueron ciertamente los padres de la Reforma modelos de ascetismo, ni rechazaban la mundana pompa; pero nacidos bajo un cielo brumoso, entre pueblos de carácter rudo, no más exquisitos en la elección de sus placeres que los espartanos en la de manjares, gustaban de otros goces menos selectos y espirituales de los que el arte proporciona, y les era bien fácil reprobar en nombre de la moral lo que no les agradaba ni entendían. Por lo demás, el que estudie las escuelas de pintura flamenca y holandesa, podrá advertir qué elementos de pureza y majestad trajeron al arte los pueblos de la Reforma: el realismo de Hans Holbein y Rembrandt, cuando no la sensualidad de Rubens ó el caricaturismo retozón de Teniers y Van-Oustade.

Acusar á Alejandro VI porque, á ejemplo de toda su familia, mostró gran afición á las artes y á las letras, es como si censurásemos á Pío IX, de venerada memoria, por haber protegido y costeado el magnífico Observatorio Astronómico de Roma y los gabinetes de física y química

de los colegios de jesuítas, bajo pretexto de que en el terreno de las ciencias naturales hallan hoy baluarte los enemigos del catolicismo. Antes pienso que no habrá quien deje de ensalzar á tan gran Papa, porque así mostró que el catolicismo no riñe, sino que se enlaza estrechamente con las manifestaciones todas de la humana inteligencia. De esta suerte, y quizá con el mismo buen propósito de aliar la inspiración artística y la fe religiosa, impulsaban Alejandro VI, Julio II, León X el Renacimiento, cuidando de sanearlo y dirigirlo á los claros manantiales de la belleza suprasensible. Gracias á lo cual, no son todos los frutos de aquella época tan paganos como suele creerse. Cuando Rafael, por ejemplo, se limita á copiar la hornerilla romana, brota de su pincel una moza fresca, mórbida, de expresión más vulgar que inteligente; pero cuando prueba á encender aquellas facciones con la luz de la santidad de María, resulta la divina hermosura de la *Perla*, el tinte de honestidad angélica y de radiante amor materno que avalora joya tan preciada. Así, aun en medio del delirio de la forma, del desvarío por la perfección clásico-naturalista, se abre paso el concepto fundamental del arte cristiano, á saber: el reflejo de la belleza superior sellado en la materia. ¿Quién adivina lo que hubiera sido del Renacimiento, ni á qué grado de bajeza llevaría su reacción pagana, á no tener consigo, para ayudarle á levantarse de sus caídas, al cristiano idealismo? No era posible en el siglo XVI atajar el to-

rrente artístico: tal vez guiarlo, y esto hizo la Iglesia, juntando la prudencia á la sabiduría. Puso constantemente ante los ojos de los artistas el modelo eterno que deben imitar, y de él nacieron maravillas que hoy admira el mundo.

Y erran además los que califican á los Papas de fautores del Renacimiento, porque otorgan demasiada extensión á la autoridad temporal de que los Pontífices se hallaron investidos, sin tener en cuenta que ya á la sazón su poder andaba maltrecho y mermado, siendo blanco tanto tiempo hacia de los ataques gibelinos, de reiterados asaltos por parte de los emperadores de Alemania, de mil menudas hostilidades de los príncipes soberanos de Italia, y viéndose en aquellos momentos en mayor estado aún de sobresalto y angustia por culpa de las ambiciosas disensiones de Colonnas y Orsinis, que traían revuelta á Roma, y de la perpetua contienda entre Francia y España, cuyas armas rivales, disputando encarnizadamente la victoria y un puñado de tierra, eran constante amenaza para la Santa Sede, hostigada por aquella soldadesca brutal, que en el asalto de Roma se mostró más fiera que las hordas del mismo Atila. A vueltas de tales conflictos, ¿pudo ser grande la fuerza temporal de la Santa Sede? Su actitud política, por entonces, era naturalmente pasiva. Ni aun alcanzaba su vigor á poner cortapisas á aquellos artistas cubiertos de oro y laureles por los duques reinantes, por las señorías, por el monarca francés y el César Carlos. Díganlo las luchas y sinsabo-

res que costó á Adriano VI su intento de oponerse á la corriente clásica.

No tardó la Iglesia en adoptar actitud de resistencia contra los excesos del neopaganismo. Cual testimonio de su fecunda y lozana vitalidad, alzáronse los hijos de San Ignacio, apóstoles adecuados á la Edad Moderna, milicia briosa que venía á mantener con sus hombros la basílica en otro tiempo sustentada por San Francisco. A la vez surgieron Teatinos, Oratorianos, órdenes diversas, santos memorables á quienes la historia otorga el dictado de grandes hombres; y, finalmente, reunióse el Concilio Tridentino, de donde salió depurada la disciplina, restablecida la estrechez é integridad de las reglas monásticas, fundada la Congregación del Índice, y, gracias á la persuasiva elocuencia de Láynez, claramente definida y sentada en estribos de diamante la suprema autoridad del obispo de Roma.

En tan magno Concilio, que es una etapa histórica de la Iglesia y del mundo á la vez, resultó triunfante la libertad humana, vencedora del horrendo fatalismo calvinista; una y fuerte la soberanía espiritual, y corregidos los abusos que pudieran ser á los débiles piedra de escándalo. De tal modo contestaba la Iglesia universal al clamoreo de la Reforma. El Concilio de Trento era cumplida réplica á los alardes puritanos de los reformistas, mostrando en él la Iglesia que las reorganizaciones en puntos secundarios están en su índole, y que al confirmar el dogma en su mayor pureza podía hacer

escrutinio minucioso y sabia corrección en la disciplina. Así, el más violento y terrible ataque que desde las persecuciones sufriera la Iglesia, sirvió para acrisolarla como el fuego al oro. Pero la Reforma, que cohonestaba su protesta con quejas del nepotismo, tráfico y desmanes que suponía en Roma, arrancóse entonces la máscara, descubriendo el móvil verdadero de sus actos. No era éste sino el libre examen. No podía aplacarla concesión alguna: guiábala el propósito de disolver la Iglesia. Bajo capa de un celo fanático y duro, de una embriaguez bíblica, de una devoción feroz, en nada semejante á la piedad, encubría la emancipación del pensamiento, la absoluta libertad filosófica y religiosa. Lo que malamente disimulaban Zuñglio, Melanchton, Lutero, declarábanlo á voces Socino y su racionalismo franco y lógico. Tratábase de concluir con el Cristianismo dividiéndolo. El Cristianismo respondió con la magnífica unidad del gran Concilio.

El libre examen surgía, pues, engendrado de la unión involuntaria de aquellos dos movimientos que se anatematizaban recíprocamente á despecho de su misteriosa complicidad: el Renacimiento y la Reforma. El Renacimiento sacudió el freno puesto á las artes y las letras, paganizando el elemento estético: la Reforma rompió las leyes religiosas y morales, entregando á la arbitrariedad individual la regla de la fe, los dominios de la Ética y de la Metafísica. Bien barruntaba la Iglesia cuán deshecha tempestad iba formándose en Europa; bien en-

tendía su duración y futuros estragos; por eso el Concilio reprobó así la licencia de los entendimientos, como la de las conciencias: el Renacimiento y la Reforma.

Al par que se estremecían en sus escaños los varones del Concilio ante el siniestro augurio de la tormenta, el poeta Torcuato Tasso, semejante á ave azorada que abate el vuelo, apartaba sus ojos del sombrío porvenir, fijádoslos melancólico en las muertas edades. Traía lo venidero un séquito de dudas y negaciones, y el alma religiosa del poeta se cerraba por no acogerlas, como se plega la sensitiva por no ser lastimada <sup>1</sup>.

1 A fin de que no se crea que es sutileza crítica el atribuir á Tasso una especie de previsión de las tendencias y sucesos que se preparaban, traslado aquí, traduciéndolo al pie, el párrafo de su biografía escrita por el caballero Giuseppe Compagnoni, del cual consta que predijo Tasso la Revolución francesa. Dice así:—«Tasso lascio in Parigi un nome, che vi é onorato ancora. Se fin da quel tempo prevedesse veramente il rivolgimento tremendo succeduto colá á tempi nostri, e difficile asserrirlo. Certo e però che lo predisse, siccome e chiaro á chi legge la sua *Gerusalemme conquistata*.»—«Tasso dejó en París un nombre que aún hoy es celebrado. Difícil considero el dilucidar si desde aquella fecha previó la terrible revolución que allí se realizó en nuestros tiempos; mas es cierto que la predijo, como verá el que leyere su *Jerusalén conquistada*.—Por no tener á mano este poema (que es una infeliz refundición de la JERUSALÉN LIBERTADA), no puedo copiar los pasajes á que alude el biógrafo. Baste con lo anterior para prueba de que el sentido profético que supongo en Tasso no carece de fundamento.